

LA NOCHE DEL COMETA

Lanza el Sol poniente sus últimos resplandores. Las nubecillas se van alejando del astro, se van pintando sucesivamente de ópalo y púrpura. Allá en la cima del verde collado, un caserío antes blanco como paloma, toma tintes sombríos. El luminar poderoso desciende majestuosamente en el horizonte. Podemos contemplarlo sin que su resplandor nos deslumbre. Ya no está allí, y, sin embargo, seguimos mirando el globo radiante en el límpido espejo de la atmósfera, creyendo verle encima, cuando realmente está debajo de nuestra perspectiva visible. Y sigue ocultándose excelso y augusto, después de haber iluminado los campos, nutrido las plantas, calentado el hogar, fortalecido a los habitantes, desarrollado gérmenes de nuevas existencias, inflamado el amor, y alegrado la vida.

Va perdiendo su azul el cielo. No se atisba aún el suave centelleo de alguna estrella en el espacio profundo. Y avanza el crepúsculo, las sombras cubren ya el paisaje y una vaga melancolía invade nuestro espíritu, recordando que para nosotros también ha comenzado el declinar de la propia existencia.

¡Qué pronto el día perdiéndose en las tinieblas! Y más allá de la esfera selenita, cuyo monstruoso seno palpita eternamente en convulsiones tremendas, cúmulos estelares me aparentan enormes picachos, siniestros paisajes, áridas llanuras, espléndidos oasis, agitados océanos, valles apacibles, raras y singulares flores, espantosas faunas, monstruos terrestres y marinos, vampiros y dragones, hidras y centauros, sirenas y esfinges, grifos y quimeras, dioses y héroes, gigantes y gnomos, seres, en fin, deformes y fantásticos, que en carrera veloz van dejando su huella fugitiva en la inmensidad de la cúpula celestial.

Y habrá de lucir en el espacio negro algo resplandeciente y misterioso, que sea como fúlgido faro para el ser minúsculo que observa desde esta pequeña ventana del cosmos. Caerá el inerte cuerpo en tierra removida donde la transformación ha de comenzar su labor sin reposo. Arramblando por la tierra, ardiendo entre los árboles; sepultando el murmurio de los arroyos, o levantando una polvareda de luminoso éter sobre las distintas formas de la Creación.

Y en despertando de él, cuando sentimos en la frente el frío rozar de sus fúnebres alas, sin saber de dónde vino para caer, primero en honda sima, después en insondables e ignorados abismos de destrucción. Para trocar el fin en origen. Irá descomponiéndose el despojo para volver al seno de la Naturaleza y confundirse en su esencia total. Muerte no, transformación. El movimiento perdurable sin quietud, sin descanso, sin la menor solución de continuidad. Lo yerto y repugnante, fealdad y podredumbre, se tornarán belleza y nuevas fuerzas vitales volverán al goce fugitivo de la vida con mayor deleite y voluptuosidades.

Es la existencia eterna, infinitas las formas, la materia inmortal. Y todo en carrera tan vertiginosa como la de los soles que pueblan los espacios, los planetas que giran en derredor de los soles, los vientos que soplan en la Tierra, las nubes que empujan los vientos y la mañana y la tarde de nuestra propia existencia. Alfa y omega de todo universo.

WALMARES